



Lo que de él sabemos no indica ninguna estrechez de miras, sino que por docto y religioso que fuera, como carecía de nociones especiales de matemáticas y ciencias naturales, no pudo fallar en materia de cosmografía: juzgó por las apariencias sin ser fisonomista, y se equivocó necesariamente. El aspecto de aquel extranjero oscuro, mal vestido, cuya venida á España era misteriosa, que apenas hablaba la lengua del país, y no tenía más apoyo que el de un fraile, relegado en un agreste monasterio, no le permitieron formar un concepto ventajoso ni del hombre, ni del proyecto. Sospechó que el P. Marchena estaba alucinado por él, y como lo tenía por visionario, lo dejaba vejetar en los vestibulos y las antecámaras, para ir apurando su paciencia y cansarlo del oficio de pretendiente; muy convencido de que al obrar de esta manera le hacia un buen servicio. Y cuando por lástima lo recibía, su aire de incredulidad y distraccion, aunque dulcificado con palabras corteses, habria dado al traste con la perseverancia de Colon, á no venir en su socorro un auxilio divino.

Fácilmente se comprenderá si el prior de Prado, que no gustaba intervenir en recomendaciones, estaria dispuesto á interesar á los reyes en favor del italiano, tanto ménos, cuanto que hubiera creído cometer un delito, robándoles un solo momento en sus graves y urgentes ocupaciones, para que oyeran al aventurero, que sin más ropa que la puesta, queria ofrecerles grandes imperios.

Así es que tuvo Colon que sufrir y luchar con el que pensó sería su protector, y reducido á la miseria, se vió en la necesidad de recurrir á la pluma, para procurarse el mantenimiento. Perdido en el bullicio de la ciudad de Córdoba, famosa por la elegancia de sus moradores y las exigencias de su lujo; aislado, sin amigos, sin familia y en el más triste desamparo, una jóven, en cuya vecindad vivía, quiso dulcificar sus amarguras, uniéndose á él con lazo indisoluble. En efecto, á fines de Noviembre del año 1486 se desposaron, y Dios bendijo su matrimonio, dándoles á Fernando el 29 de Agosto siguiente. Era ésta una doncella más ilustre que rica, y más hermosa que ilustre; pe-

ro sin embargo de que teniendo hermanos, y de que segun la costumbre establecida en su tiempo y su país, no recibió en dote sino su legítima, le bastaba para gozar de independencia. Llevaba un nombre caro al Dante, y que parecia hecho para un italiano, pues se llamaba Beatriz. Pertenecía á la casa de los Aranas, una de las más antiguas de Córdoba, en cuya descendencia iba trasmitiéndose la virtud como una herencia, y disfrutaba de esa consideracion que jamas mereció la riqueza sola.

El laconismo de los historiadores, el silencio y la ausencia de Beatriz en los frances solemenes, algunas palabras de su marido moribundo, veladas por una pudorosa reticencia, é interpretadas del modo más grosero, han dado lugar á una prevencion general en contra suya. Pero si los antiguos cronistas, despues de haber consignado el primer casamiento de Colon, no se ocuparon de Beatriz, fué porque á decir verdad, nada tenían que exponer de ella; pues su sencillez, la naturaleza de sus gustos y costumbres, que la mantuvieron apartada de la elevada posicion á que su rango la daba derecho, su amor al pueblo que la vió nacer, y del que nunca salió, impedían seguirla durante su vida. Su historia, como su felicidad, se concentraron en su esposo; porque la mujer cristiana disfruta modestamente de la gloria de su compañero, sin hacer alarde de ella.

Diriase que esta union estaba dispuesta por la Providencia, para fijar á Colon en España, atándolo con los lazos de la familia á la nacion heroica, que ya era su patria adoptiva; y si se considera con detenimiento con qué circunstancias se verificó, se hallará que hay en él algo extraño y escepcional, como su destino, y que la paciencia, lo imprevisto y lo sublime contribuyeron á realizarlo.

Aquel sentimiento fué grande y generoso por parte de Cristóbal, y tierno, dulce y poético por la de Beatriz. Ella, mal que le pesara á su noble alcurnia, á su juventud y á su singular belleza, daba su mano á un hombre á la sazón sin rango, sin parientes conocidos, sin lenguaje, pues apenas hablaba el castellano, sin edad proporcionada á la suya, pues contaba cuarenta y nueve años, sin virginidad de

CAPÍTULO XI

Llegada de Colon á Córdoba.—Desaires que recibe y soledad en que se encuentra.—Su casamiento con doña Beatriz Enriquez.—Apoyado por el clero obtiene audiencia de de SS. AA.—Colon ante la Junta de Salamanca.—Incertidumbre de la córte.—Nuevas demoras é infructuosas solicitudes.—Sitio de Baza, en el cual milita Colon en las filas subalternas.—Tornan á ocuparse de su proyecto en la córte.—Renacen las dudas.—Colon, resuelto á trasladarse á Francia, pasa por la Rábida, donde Fr. Juan Perez lo detiene.—Encaminase el guardian en busca de Isabel la católica para hablarle en favor de Colon.

Lleno de esperanza llegó Cristóbal Colon á Córdoba con la carta de recomendacion, de que se prometia un resultado tan pronto como eficaz, pues el crédito de que gozaba el prior de Prado, parecia deber exceptuarlo de las demoras ordinarias, y permitirle sin tardanza el acceso á SS. AA. (1). Mas ¡ay! la acogida que le dispensó este personaje, dispó bien pronto sus ilusiones; pues no tan solo no le hizo promesa alguna ni le dió esperanzas, sino que ni aún se dignó escucharlo siquiera. Don fray Hernando de Talavera, que debía ser su introductor en palacio, fué el primer obstáculo para su proyecto, porque aquel hombre parecia estar escogido para poner á prueba su resignacion y su paciencia.

Con justicia enojados por la ansiedad en que tuvo al pretendiente más noble de la tierra, y las trabas que impuso á su ingenio, han tratado con severidad al prior de Prado muchos escritores, pero la imparcialidad nos obliga á de-

(1) Entónces no se daba en España todavía á los reyes mas que el título de *alteza*, pues el de *majestad* no se introdujo hasta el reinado de Carlos V.

cir que su generosa indignacion los ha conducido muy léjos.

Fr. Hernando de Talavera, de la congregacion de jerónimos, prior de Nuestra Señora del Prado, en Valladolid, y confesor de los reyes, no era un nombre vulgar, envidioso de la gloria de los demas, ni hostil por sistema á las nuevas ideas. Literato y teólogo, secundó franca y resueltamente años atras el impulso dado á las letras por inspiracion de Isabel. Sabio y modesto consejero, su constancia, su apego al trabajo y sus sagaces combinaciones acababan de aumentar las rentas de la corona en treinta cuentos de maravedis. En medio de la ostentacion de la córte vivía como un verdadero sacerdote, cubriendo bajo su extremada mansedumbre y piedad sus austeridades y su celo belicoso por la causa del cristianismo. Sin ambicion y de costumbres edificantes, poseía la confianza sin límites de los soberanos y gozaba entre todos fama de santidad (1).

(1) «Varon tenido por santo.» Vasconcelos, *Vida y acciones del rey D. Juan*, lib. I, fól. 46.



corazon, pues era viudo y padre, y cuya blanca cabellera y surcada frente debian inspirar más veneracion que cariño, más respeto que pasión, y sin caudal, pues no poseia más bienes que las esperanzas de consumir un plan por tres veces rechazado en los consejos de tres estados.

No hay duda de que los Aranas y los Enriquez se opondrían á un enlace que disonaba á su legítimo orgullo, á sus intereses, á sus preocupaciones, y hasta á su razon misma; que debería parecerles, más que otra cosa, una aberracion del entendimiento, y que por de contado procurarían disuadirla, representándola á Colon con los más negros colores, teniendo Beatriz que arrostrar su enojo y el de sus amigos, y las hablillas que concluyen con los afectos vulgares.

Por otra parte, para que una inteligencia tan firme como la de Colon cediera al amor, debian formar las cualidades físicas y morales de Beatriz un conjunto irresistible. Pero si bien admiró en ella las gracias del cuerpo, no se prendó sino de la inmolacion que le hacia, y la quiso porque lo quería. El agradecimiento, ese impulso generoso que se arraiga en lo más profundo del pecho humano, subyugó al sér que nada hubiera detenido mientras meditaba sobre el pensamiento más elevado que haya podido concebirse. No era aquel un casamiento de conveniencia, sino de inclinacion pura, invencible, más fuerte que su ambicion, que su experiencia y su desgracia; una misteriosa red que le tendía una mano invisible como prueba suprema, porque necesitaba amar á Beatriz con todo su corazon, y experimentar en ello un encanto indecible, para que el abandonarla y permanecer voluntariamente separado de tan caro objeto, á fin de dar cima á su obra, hiciera más meritorio y más sublime el sacrificio; sacrificio que ninguno ha mencionado en su historia. La felicidad que le ofrecía su amada, puesta como una tentacion en el espinoso camino que debia recorrer, no pudo distraer de su idea inmortal á su alma inspirada; y así mientras estuvo en Córdoba, no cesó de intentar por todos los resortes el ser escuchado y llegar al trono. Pero como nada conseguia,

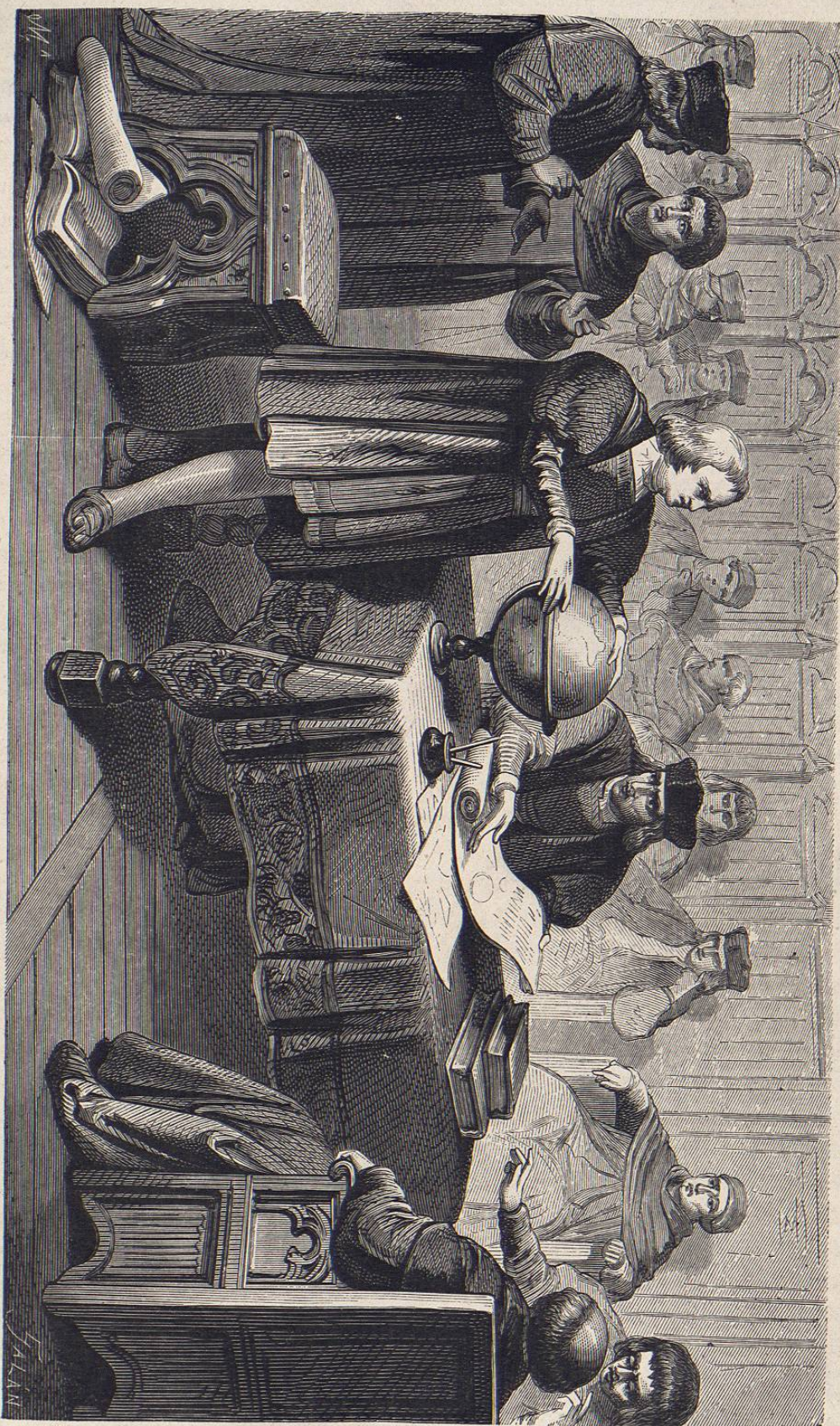
puso una carta al rey don Fernando escrita en los siguientes términos:

«Serenísimo príncipe:
«Viajo desde mi niñez, pues hace cerca de cuarenta años que surco los mares. He visitado todos los países conocidos; conversado con gran número de sacerdotes, seglares, latinos, griegos, moros y hombres de cuantas religiones hay; adquirido algunos conocimientos en la náutica, la astronomía, y la geometría; estudiado los libros de cosmografía, historia y filosofía, y estoy bastante diestro para dibujar el plano del mundo, y colocar las ciudades, rios y montañas en los sitios verdaderos. Me hallo al presente con las fuerzas necesarias para ir al descubrimiento de las Indias, y suplico á S. A. patrocine mi empresa. No dudo que aquellos que la sepan hagan mofa de ella; pero si place á S. A. darme los medios de llevarla á cabo, yo espero vencer cualesquiera obstáculos que se presenten» (1).

En este firme y claro estilo, en que los hechos ocupan el lugar de las palabras, se refleja su carácter.

Quedó sin respuesta la misiva, y probablemente, como lo proveyó su autor, se burlarian de su contenido las personas á quienes se comunicó, haciendo el rey católico otro tanto. Sin embargo, esperó Colon, y al cabo de muchos sinsabores logró hacer conocimiento con el antiguo nuncio apostólico, monseñor Antonio Geraldini, que á ruego de la reina tornó á España para terminar la educacion de la infanta, y cuyo saber lo predisponia á todo lo grande. Como su talento de diplomático no entibiaba lo más mínimo la generosidad de sus sentimientos, desde el momento en que le habló se sintió atraído hácia él, y amigo suyo cuando no creia ser más que su protector. Refirió la conferencia á varios personajes de los más importantes de la corte, y en particular al gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que por su poderoso influjo fué llamado tercer rey de las Españas. Á instancias del ex-nuncio admitió el prelado en su presencia al navegante extranjero, y más familiarizado que fray Hernando de

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap IV.



CRISTÓBAL COLÓN ANTE LA JUNTA DE SALAMANCA

Esch. fip. de J. A. Muñoz

Talavera con los hombres y las cosas, lo comprendió en seguida, le dió su estimación y formó tan buen concepto de él, que sin entrometerse á escudriñar el mérito de su plan, lo que tampoco podía hacer en el acto, creyó que estaba en la obligación de ponerlo en noticia de los reyes (1), y por su benévola mediación pudo Colon obtener una audiencia de SS. AA.

Presentóse Cristóbal á D. Fernando y doña Isabel, no con embarazo ni humildad, sino con majestad y franqueza, pareciendo más un soberano disfrazado hablando con sus iguales, que un pobre pretendiente. Era porque al acercarse á los más poderosos príncipes de la cristiandad, á los más celosos defensores de la causa de la cruz lo hacia en calidad de mensajero de la Providencia, «venido en embajada» (2) para proponerles una empresa que inmortalizara su reinado «si servian á nuestro Señor, difundiendo su santo nombre y la fe por los pueblos» que ignoraban al Mesías. Y en verdad que utilizar de tal manera sus esfuerzos en esta vida, era prepararse una corona en la eternidad.

Absoluta y resueltamente sobre tan religioso motivo se fundó Colon al dirigirse á Isabel *la Católica*, pues las ventajas políticas y comerciales que adujo en Génova, Venecia y Portugal, no se las presentó sino en segundo término y como accesorias. Los historiadores han dejado esto, ó sumido en el olvido ó muy oscuro, y conviene que quede establecido que el principal objeto del descubrimiento fué la glorificación del Redentor, la dilatación de la iglesia de Jesucristo, y no los intereses materiales.

Colon, hombre de deseos al modo de Daniel, animado por el espíritu divino y conociendo la tierna piedad y la dulzura de Isabel, dejó que hablara su corazón, y su elocuencia penetró en el de ella, que desde aquel instante se tomó un indefinible interés por el extranjero, cuya fren-

(1) «El cardenal que lo mandaba todo, le negoció audiencia con los reyes.» Salazar, *Crónica del gran cardenal*, etc., lib. I, § 1, pág. 214.

(2) «Por su infinita bondad hizo á mi mensajero dello, al cual vine con él embajada á su real conspectu, movido como á los más altos príncipes de cristianos, y que tan se ejercitaban en la fe.» Cristóbal Colon, *Relación del tercer viaje, dirigida de la isla Española á los Reyes Católicos*.

te ceñía la luz del génio y cuya inteligente mirada y elevado lenguaje inspiraban confianza, respeto y amor.

Sin duda experimentaria D. Fernando algo de esto; pero de carácter frio y opuesto á obedecer los impulsos del alma, no se pronunció aún, porque primero queria que ya que el plan se fundaba en datos científicos, fuera comprobado por la ciencia, remitiéndose á lo que decidiera una junta de sabios, que encargó de convocar y presidir al prior de Prado.

No era fácil la comision conferida á Fr. Hernando, porque entónces no habia en Castilla sino corto número de cosmógrafos, y como dice un cronista, no valian cosa. En su defecto, buscó Talavera teólogos, y los citó para Salamanca, donde aquel año internaba la corte (1). La época de junta tan memorable, aunque no la consigna la historia, dos circunstancias nos permiten fijarla de un modo bastante aproximado en el mes de Noviembre de 1486. Á falta del extracto de sus sesiones, que con imperfeccion se hizo dos años despues, y que no ha salido todavía del Archivo de Simancas, conendrá al ménos formarse una idea del lugar y de los personajes que presenciaron y tomaron parte en la liza que tuvo lugar entre la fé del predestinado y la incredulidad de los partidarios de la rutina.

La religion y la ciencia ocupaban por sí solas la ciudad de Salamanca. Además del colegio del rey, de los de las órdenes de Calatrava y Alcántara, de los de las ciudades de Búrgos y de Oviedo, del de los Irlandeses, de los Huérfanos, de San Juan, San Pelayo, San Miguel, San Pedro y San Pablo, Santa María, San Bartolomé, del monte de las Olivas, etc., los dominicos, franciscanos, benedictinos, jerónimos, bernardinos, padres de la misericordia, trinitarios, canónigos regulares y carmelitas descalzos, cada uno tenia su escuela.

Estos diferentes establecimientos comprendian casi todas las enseñanzas, y miéntras unos se dedicaban á la del latin y humanidades, otros se elevaban á las ciencias naturales, al

(1) En calidad de asesor se dió al prior de Prado su pariente D. Rodrigo Maldonado, doctor en derecho y regidor en Salamanca.